

# San Quijote de la Mancha

Salamanca, 1923

le habían rodeado de aura popular. Su caballo negro les parecía a muchos el corcel de la victoria; era un pedestal. Boulanger satisfacía esa afición al *penacho* que alienta en todo buen francés—Enrique IV, Luis XIV, Napoleón—, impulso que en la gran hora de la victoria ha debido de sentirse un poco defraudado al ver que la gloria recaía en mariscales austeros, sencillos, modestos, sin *pose* ni jactancia.

Los Gobiernos de la República no se arredraron ante Boulanger y el boulangismo. Sucesivamente destituyeron, expulsaron del Ejército y procesaron y condenaron al general revoltoso. La estrella de Boulanger fué breve como las estrellas fugaces que se ven en las noches de verano. Un abogado le dió una estocada en un duelo; huyó a Bruselas, temeroso de la condena (se cuenta que el Gobierno le hizo avisar por bajo de cuerda, tendiéndole el lazo de la huída; fugitivo, estorbaba menos que preso en una fortaleza). Acabó suicidándose sobre la tumba de su amante, como un galán romántico de 1830.

Más grave fué el peligro del *affaire*. ¡Se mezclaban allí tantas cosas, el prestigio del Ejército, el secreto de las relaciones internacionales, el antisemitismo, la conspiración monárquica y aun eclesiástica! No se trataba de un hombre, de un pretendiente a César, sino de un vasto conflicto, en que la razón de Estado podía colocarse enfrente de la verdad y la justicia. Doce años duró la lucha. Caían rápidamente los Gobiernos, se alteraba el orden a cada paso en las calles de París, parecía Francia al borde de la guerra civil, mas la firmeza política no se desmintió; paso a paso la verdad se puso en marcha. La disciplina del Ejército se mantuvo con una inflexible severidad; se adoptaron graves medidas de Estado, como la expulsión de las Ordenes religiosas, en que pagaron igualmente justos y pecadores. Se dió, en suma, al cabo de un largo y porfiado combate, una sensación de justicia, de fortaleza, de continuidad política.

Ninguna de las grandes naciones de Europa ha pasado por tantas y tan graves crisis. En ellas se ha demostrado cómo la democracia puede ser un instrumento de gobierno tan firme, tan consecuente y perseverante como los poderes personales y los regímenes autoritarios. Son las cualidades del pueblo, se dirá; mas entonces la proclamación del fracaso de la democracia llevaría aneja una declaración de incapacidad y de inferioridad nacional, que ningún pueblo puede admitir de buena gana, sin caer en el extremo de la humillación.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

MR. H. G. Wells, el novelista inglés, nos es profundamente simpático por lo mismo que es antipático a casi todos los idiotas. Y aquí conviene que definamos esto de idiota—en griego: hombre particular, o privado—diciendo que es el que no tiene más que sentido común, el que no discurre más que con lugares comunes y que por lo tanto odia las paradojas. Mr. Wells forjó paradojas y hace luego juegos malabares, malabariza con ellas, y, cuando, al fin, esas paradojas han logrado entrar en el sentido común de los idiotas, éstos las convierten en lugares comunes, las clasifican y etiquetan y las meten en unas cajitas donde las tienen guardadas para enseñárselas a sus hijos.

A Mr. Wells le preguntaron por los seis más grandes hombres de la historia y en vez de mandarle a paseo al humorista—o acaso idiota, si tomaba la pregunta en serio—que se lo preguntó, contestó diciendo que eran Cristo, Buda, Aristóteles, Asoka, Roger Bacon y Lincoln. ¿Verdad que es divertido? Y ello ha servido, por lo menos, para que muchos se hayan preguntado: «¿y quién fué Asoka?» Lo cual, lector, debe importarnos muy poco. Dejemos, pues, a Asoka.

Esta divertidísima, humorística y paradójica respuesta de Wells a una pregunta divertidísima, humorística y paradójica, ha dado motivo a que otros escritores hayan terciado y escrito cosas bastante divertidas también. Y Wells, a su vez, ha replicado y al replicar se ha metido con Shakespeare. Que en Inglaterra es peor acaso que meterse con Cristo y tan grave como aquí meterse con Cervantes. ¡Nosiendo los cervantistas que se meten con él a cada paso y le dejan al pobre!... Pero lo que no se le ha ocurrido a Wells, y eso que es ocurrente, es si Buda no es creación de algún Shakespeare indio, si tiene más realidad histórica que Hamlet, como Aquiles creación de Homero o de quien sea, y el mismo Cristo, según algunos... ¡impíos iclaro! creación poética, mito, de alguna comunidad judía.

Y cuenta que al decir que acaso Buda no tenga más realidad histórica que Hamlet no es que se la neguemos, sino todo lo contrario. Los que conocen nuestra filosofía de la historia —«anch'io sono pittore»—expuesta en nuestra *Vida de Don Quijote y Sancho*—cuya tercera edición acaba de publicarse—saben que creemos que Don Quijote y Sancho tienen más realidad histórica que Miguel de Cervantes

Saavedra—y más que la del que esto escribe—y que lejos de ser éste, Cervantes, el que creó a aquéllos, son ellos los que crearon a Cervantes. Y vamos a emprender una campaña para que se canonicen a Don Quijote, haciéndole San Quijote de la Mancha. Y si la Iglesia Romana, que ha canonicado a no pocos sujetos poéticos de menos realidad histórica que Don Quijote, se opusiera a ello, podría ser llegado el Momento del cisma y de constituir la Iglesia Católica—es decir, Universal—Española, Quijotesca.

Hay quienes viven en un mundo de hielo, de agua sólida o congelada, con nubes, o sea agua en estado nebuloso y a las veces vapor, encima; entre el documento histórico y la pseudo leyenda. Y estos tales no se dan cuenta del agua líquida, fluyente, de los ríos y arroyos que arrastran témpanos y de donde brota bruma. No tienen sentido histórico.

Si al que esto escribe se le preguntara por los seis más grandes hombres de la historia española, no sabría responder, pero obligado a ello, no omitiría Don Quijote, Sancho Panza, Segismundo, Don Juan Tenorio, Pedro Crespo, San Isidro Labrador y... ya van seis y es lástima que no quepan el Cid, Pizarro, Prim y otros mitos más.

Dicen que Simón Bolívar—¡otro mito!—soía decir que los tres grandes majaderos de la historia habían sido Cristo, Don Quijote y él, Bolívar. Y teniendo en cuenta que majadero es un instrumento para majar, resulta que el dicho, por más que a un cristiano irreverente pueda parecerle irreverente, no está mal, pues icuidado con lo que majaron Cristo, Don Quijote y Bolívar! ¡Y con lo que siguen majando!

Y una de las cosas que prueban mejor la genialidad paradójica—aunque de no ser paradójica no sería genialidad—de Bolívar, es que se puso al lado de dos a quienes él debía de creer míticos, pues Bolívar, que habría leído a Volney, no estaría muy seguro de la realidad histórica del Cristo al modo que la entienden los idiotas.

No hace mucho que un amigo nuestro que acababa de leer la formidable novela de Emilia Brontë, titulada *Wuthering heights*—traducida y publicada recientemente en español con el título de *Cumbres borrascosas*—nos preguntaba que de dónde pudo sacar a Heathcliff, ese prodigioso ejemplo de pasión trágica, aquella pobre muchacha, hija de un pobre clérigo, que murió soñando a los treinta

años en un pueblecito inglés. Y le dijimos que Emilia Brontë sacó esa su tormentosa criatura de donde todo creador las saca, de sí misma. O más bien que fué Heathcliff el que hizo a Emilia Brontë.

Pero es la misma Emilia Brontë la que nos lo dice en el último hermosísimo poema que escribí. «¡Oh Dios de mi pecho; todo poderosa, siempre presente Divinidad! ¡La vida—que en mí tiene descanso—como yo—vida inmortal—tenemos poder en Ti!... Con amor que mucho abarca tu espíritu anima los eternos años, penetra e incuba arriba, cambia, sostiene, disuelve, crea y crfa. Aunque la tierra y el hombre se fueran y los soles y los universos dejaran de ser y te quedaras Tú solo, cada existencia existiría en Ti». La que escribió esto era una creadora, una poeta—mejor que poetisa—y sabía que así como cada existencia, cada verdadera existencia, cada acción que es pasión, vive en el Creador, así cada criatura de pasión y de amor como Heathcliff vive en quien la creó. Y como Heathcliff vive y vivirá, vive y vivirá Emilia Brontë. Y muy de otro modo que como se lo figuran los idiotas.

El deán Inge—deán de la catedral anglicana de San Pablo, de Londres—de quien os hemos ya más de una vez hablado, dice de esas palabras de Emilia Brontë moribunda que parecen contener «una verdadera filosofía» y añade: «Esta concepción de la relación de Dios al mundo es también la de la Iglesia Católica y ha sido defendida por una larga serie de filósofos cristianos que no me parecen inferiores en agudeza y penetración a los más celebrados pensadores modernos desde Spinoza hasta nuestros días». Pero no estamos muy seguros de que esa concepción de la Brontë «sea la general en la Iglesia Católica, ni mucho menos. Más se parece a la del propio deán Inge. Porque los idiotas de la Iglesia—y en ésta como en cualquier otra congregación los idiotas son los más—los que no tienen más que sentido común, como carecen de sentido propio y de pasión propia, no pueden concebir, ni menos sentir, esa especie de inmortalidad. Esa la siente un Heathcliff. Es decir, una Brontë». Para los idiotas, para los del puro y recto sentido común, no hay más que una inmortalidad común, una comunidad inmortal. Como no tienen más que individualidad corpórea, al deshacerseles el cuerpo se les deshace la individualidad. Y nada pierden.

Vamos a consultar con Bolívar, que ¡claro! sigue viviendo, nuestro propósito de hacer que la España Máxima canonicé a don Quijote. Y no vayan a creer los semi-idiotas—que son peores que los idiotas puros—que se trata aquí de nada de espiritismo, no! Para

ponernos al habla con Bolívar no necesitamos de espiritismos. Vamos a hablar con él en español claro y recio y no en ninguna clase de esperanto y vamos a hablar con él a solas, alma a alma, sin comunidad ambiente que estorbe. Y estamos seguros de que aprobará nuestro proyecto, con la condición ¡claro está! de que luego se le canonicé también a él! y le hagamos

San Simón Bolívar. Y os aseguramos que ambos, San Quijote de la Mancha y San Simón Bolívar tendrán más realidad histórica que pueda tenerla aquel don San Diego Matamoros de que hablaba don Quijote.

(Se admite adhesiones).

MIGUEL DE UNAMUNO

(La Nación, Buenos Aires).

## El rico clarividente

En la nueva fe social hay dos corrientes: una culta, que abraza el problema humano, como tal, y le imprime un verdadero sentimiento de religiosidad. Inculta otra, que, bajo una enorme presión social, toma una forma mística con un sentido comunista.

UN generoso millonario, D. Juan March, ha hecho donación en Palma de Mallorca de un inmueble, tasado en ochenta mil duros, ¿a un convento de monjas? No; hay en España suficientes conventos de monjas. ¿Al señor obispo, para edificar una iglesia? Tampoco. Desde hace mucho tiempo cada pueblo tiene su iglesia. ¿Al gobernador o a un Patronato, a fin de fundar un asilo? Menos. En Palma de Mallorca hay ya espaciosos y ventilados asilos. No le déis vuelta al magín. D. Juan March ha donado, espontánea e incondicionalmente, ochenta mil duros a los obreros de la localidad para edificar, como se ha edificado, una Casa del Pueblo.

Entre los contados grandes capitalistas que me dispensan el señalado honor de pasar la vista por mis «Ideogramas», habrá, seguramente, alguno que, escandalizado, frunza el ceño.—¡Qué enormidad!—, dirá, echándose hacia atrás en su cómodo asiento.—¡Ese D. Juan March es un loco! Pero, ¿no sabe que las llamadas Casas del Pueblo son en todas partes Centros socialistas, es decir, antros en donde se reúnen los enemigos del capital? ¿Es que quiere tirar piedras a su tejado? ¿Es que quiere ayudar a los que le combaten sin tregua y no se contenta con menos que con hacer la vida imposible a los hombres afortunados que han tenido la suerte de hacerse en la vida un bienestar? Por fuerza el buen señor ha perdido el juicio al dar ese ejemplo de imprevisión y de prodigalidad a sus compatriotas.

Pues no, señor, D. Juan March no está loco; antes bien, es persona inteligente y cultísima. Y la Casa del Pueblo que ha donado a los trabajadores de Palma no es un simple barracón, sino un edificio suntuoso, en que hay salón de lectura y biblioteca, café restaurante, teatro magnífico, coope-

rativa, escuelas y, lo que da más carácter al edificio: un enorme salón de juntas y 37 grandes secretarías, para que puedan celebrar sus sesiones las Juntas directivas de los diferentes oficios.

Pero el ilustre millonario ha visto algo que no suelen ver, por incapacidad o por terquedad y testarudez, sus colegas. No hay más que un medio de combatir el bolchevismo y la anarquía: poner de parte de la causa del orden a los que con sus manos se ganan el pan. Acúdase a la represión, a la persecución o al exterminio allí donde los desesperados son muchos más que los satisfechos, y el orden peligra y el trastorno social sobreviene. El valladar más poderoso contra los vagos, los saltadores y los enemigos de la propiedad, son los pequeños propietarios, y la defensa más poderosa contra los que no quieren trabajar, sino expoliar a sus conciudadanos, a nadie puede ser encomendada con más acierto que a los trabajadores, convirtiéndolos, de rebañeros de esclavos, en corporaciones de hombres libres, educados, disciplinados y sabedores de sus derechos y de sus deberes. Quien regala un monte a un Concejo hace más por la tranquilidad de los ricos que quien deporta a cien anarquistas.

¡Oh, si en Rusia hubiera habido, al derrumbarse el Imperio y estallar la revolución, una Casa del Pueblo en todas las aldeas! El comunismo hubiera fracasado. Todo el mundo hubiera defendido el orden social, que le permitía trabajar y ser recompensado, velar por sus derechos sin ser perseguido y formarse un pequeño patrimonio que le permitiera asegurar la tranquilidad y el sustento de la vejez. Pero no había más que explotadores y explotados. La intransigencia de los fuertes había impedido que se formara la invencible legión de los cultivadores del campo y de los artífices del taller, y los talleres fueron deshechos, y los campos fueron arrasados, y los capitalistas fueron perseguidos, y han sido precisos muchos años para que, reconstituido el verdadero concepto del Estado y de la cooperación social, se comience a crear una Rusia nueva, en